

**“De pibe a educador”:**  
*reflexiones sobre la participación adolescente  
en organizaciones sociales*

**Candela Barriach, Macarena Molaro y Camila Trebucq**

**Introducción**

Para gran parte de los adolescentes y jóvenes de sectores populares, el barrio y las tramas comunitarias son centrales en tanto allí se desarrollan múltiples formas de participación. Dentro de esta trama comunitaria los adolescentes transitan por espacios con un grado diferencial de protagonismo a la hora de motorizar actividades. Los lugares por donde éstos habitan y circulan son muchos, algunos de los que podemos nombrar son: clubes de barrio, iglesias, escuelas y sus centros de estudiantes, algunas organizaciones sociales, copas de leche, merenderos y en espacios públicos barriales “freestyleando”, juntándose entre amigos, armando partidos de fútbol, etc. A veces son los adultos quienes principalmente inician y coordinan la actividad, otras veces son los adolescentes y, en menor medida, encontramos que hay instancias donde adultos y adolescentes trabajan intergeneracionalmente para pensar, planificar y llevar adelante propuestas en el barrio. En línea con Shabel (2016) definimos este último modo de participación como co-protagónica. En ella se busca potenciar la autonomía progresiva de las niñas, adolescencias y juventudes sin desatender su cuidado.

En este escrito nos detendremos en las experiencias de participación co-protagónica en Casa Joven B.A. (Obra del Padre Cajade, Organizaciones Chicxs del Pueblo), localizada en un barrio de la periferia de la ciudad de La Plata (Buenos Aires). La Casa es una organización social que trabaja con niñas, adolescentes y jóvenes que, entre otras cosas, promueve la co-participación desde un enfoque de derechos.

Esta perspectiva se inscribe y dialoga con normativas a nivel nacional e internacional que promueven el derecho de las niñeces, adolescencias y juventudes a ser escuchadas, a participar y a ocupar lugares protagónicos. Una de las pretensiones de esta organización social es promover la apropiación del espacio por parte de las adolescencias, buscando que éstas asuman lugares protagónicos en los espacios de toma de decisiones dentro de la organización.

Casa Joven se inaugura en el 2009 para llevar adelante actividades recreativas, educativas y culturales con juventudes, adolescencias y niñeces. La organización social abre sus puertas de lunes a sábado para enseñar a tocar instrumentos musicales, confeccionar prendas, participar de propuestas vinculadas a la ESI o bien producir y filmar cortos audiovisuales. Allí también se realizan acompañamientos y articulaciones con efectores estatales, se preparan meriendas, almuerzos, se reparte mercadería, ropa y útiles escolares. En ese día a día, circula el afecto, se comparten alegrías, enojos y deseos. Es, desde ese saber mutuo y en ese reconocimiento del otro, donde se crean proyectos en conjunto. Asimismo, en muchas ocasiones, participar en organizaciones que promueven instancias co-protagónicas funciona como puente y motor de apropiaciones novedosas. Esto lo vemos a nivel municipal, en el Consejo Local de Niñez, provincial, en la escuela y en actividades enmarcadas en programas públicos como el “Envión” o “Jóvenes y Memoria”, o bien a nivel nacional, en actividades vinculadas a La Defensoría de los Derechos de Niñas, Niños y Adolescentes de la Nación

La Casa es habitada desde diferentes lugares, amalgamando trayectorias y recorridos diversos. La organización interna de la Casa prevé diferentes figuras que se asocian a diferentes roles. Por un lado, les pibes, que son quienes participan asistiendo a los talleres, eventos y otras actividades que se propongan. Por el otro, el equipo de trabajo, conformado por una coordinación general, un equipo técnico, educadores, talleristas, cocineras y encargadas de limpieza, compras y mantenimiento. El ejercicio de cada uno conlleva responsabilidades, imaginarios sobre el deber ser y tareas específicas. Las personas que ocupan la Casa transitan por diferentes roles en el correr del tiempo y con ellas estos también van transformándose. A modo de ejemplo, quienes escribimos somos parte del equipo de trabajo, Camila y Candela desde 2013 y Macarena, desde 2016. Hemos participado como trabajadoras de la casita ocupando, en diferentes momentos, roles de educadoras, en el Equipo Técnico y en la Coordinación general.

Una de las formas en las que esta organización social promueve el co-protagonismo juvenil y adolescente en el espacio es mediante la movilidad de roles ocupados, entre ellos, en el pasaje “de pibe a educador”. En estas experiencias encontramos transformaciones en las formas de participación de estos adolescentes cuando asumen nuevos lugares dentro de la organización, lo que conlleva tomar nuevas tareas y responsabilidades que habitualmente son realizadas por adultos.

El objetivo de este trabajo es analizar algunas dimensiones del proceso de incorporación de adolescentes y jóvenes al equipo de educadores. Nos adentraremos en las formas en las que se dan estas transiciones de “pibes a educadores” a partir de focalizarnos, principalmente, en las experiencias de dos adolescentes: Priscila y Matías. A partir de allí, buscamos contribuir a las reflexiones en torno a las formas de participación y protagonismo adolescente en organizaciones sociales. En el diálogo con otras organizaciones sociales que trabajan con niñas, adolescentes y juventudes de sectores populares, sabemos que la incorporación de adolescentes y jóvenes al equipo de trabajo es un proyecto político y, muchas veces, resulta ser problemático.

A continuación, y en base a lo expuesto, nos preguntamos: ¿Cómo es el proceso de incorporación de pibes al equipo de trabajo en esta organización social? ¿Qué representaciones tienen estos adolescentes sobre lo que significa ser “pibe” y “ser educador”? ¿Cómo construyen, los pibes, su nuevo rol como educadores? ¿De qué manera estas experiencias de pasaje (Turner, 1988) de pibe a educador nos dan pistas para pensar formas de participación co-protagónicas en otros espacios?

El trabajo comunitario aquí contado dialoga con nuestras perspectivas profesionales como antropólogas. Desde allí nos posicionamos desde una antropología colaborativa o militante (Barriach, Chaves y Garies, 2022) preocupada por tomar líneas de acción específicas frente a las condiciones de desigualdad. Para la escritura de este capítulo utilizamos registros de observaciones, entrevistas en profundidad, documentos elaborados por la organización social y sistematizaciones de nuestras experiencias en Casa Joven.

### **La casa y sus formas de participación**

Adentrándonos en la forma de organización de Casa Joven nos encontramos con una estructura que conlleva roles diferenciados y asociados a responsabilidades específicas, que hacen al funcionamiento

general del espacio. Desde que la Casa empezó a funcionar, nuevos roles han surgido, algunos han desaparecido y otros se han ido transformando. Dentro de esta estructura, los roles asociados a adultes, se vinculan a una mayor implicación en la toma de decisiones, a diferencia de los pibes, quienes principalmente se encuentran abocados a la participación en el espacio como asistentes de las actividades. Más allá de esto, como comentamos anteriormente, la organización social busca implicar a los pibes en otras tareas de mayor responsabilidad vinculadas a la toma de decisiones y la participación comunitaria (Barriach *et al* 2021). Algunas de las estrategias pensadas para este fin, son el pasaje “de pibe a educador” y las asambleas mensuales. Estas últimas son pensadas por los adultes como una forma de integrar las opiniones y deseos de los pibes a la hora de planificar y ejecutar las tareas y para consensuar formas de estar y de hacer.

Detengámonos ahora en las experiencias de pasaje de pibe a educador de dos adolescentes en la Casa: Matías y Priscila. Ambos participan hace varios años y en diferentes espacios de Casa Joven, entre los cuales, puntualizamos en el taller de “Jóvenes y Memoria”<sup>8</sup> ya que es allí donde empiezan a participar como educadores. Fue en el 2021, cuando asumieron tareas de mayor responsabilidad en el espacio y comenzaron este proceso de transición. Priscila tiene dieciocho años y desde los doce participa en Casa Joven. Vive a cuatro cuadras de la organización social, junto a algunos de sus hermanos y su mamá, en un terreno familiar que comparten con sus tías y tíos. En total tiene seis hermanas y dos hermanos, los cuales han participado en diferentes momentos y con diferente compromiso y continuidad en las actividades de Casa Joven.

Matías tiene diecinueve años, creció en el barrio y estuvo en la Casa de los Niños y Casa de los Bebés<sup>9</sup> antes de llegar a Casa Joven. Allí comienza a participar desde los diez años, acompañando a su hermano mayor quien ya iba a los talleres y actividades del espacio. Hoy no tiene una residencia fija. En algunos momentos vive en la casa de su mamá, ubicada en el mismo barrio que la Casita, junto a sus dos hermanos, su hermana y su sobrino. Cuando empiezan los conflictos allí, se traslada con alguna muda de ropa a lo de un vecino, a dos cuadras, o a lo de

---

8 El taller se enmarca en el programa de “Jóvenes y Memoria” de la Comisión Provincial por la Memoria.

9 Ambos espacios son centros comunitarios que, junto a Casa Joven, integran la Obra del Padre Cajade.

alguna novia. Toda su familia tiene un vínculo muy estrecho con la organización social, de la cual han participado activamente, sobre todo su mamá, Verónica, y su hermano, Abraham.

Luego de este breve recorrido por sus trayectorias de vida y en la organización social, pondremos el foco en lo que significa para ellos la participación adolescente en Casa Joven. Priscila comienza contándonos:

“Participar es como hacer las actividades que proponen los educadores y las educadoras en ese momento. Un pibe está participando porque tiene que escuchar lo que hay que hacer. Si venía alguien nuevo también lo incluían o la incluían a que participe y le explicaban obviamente qué había que hacer, cómo había que hacerlo, de qué estábamos tratando” (Priscila, 2022).

En el relato de Priscila aparecen algunos elementos que describen la participación adolescente en este centro comunitario. Destaca como principal característica la escucha y la predisposición a realizar actividades planificadas por los adultos. En esta dinámica, los adultos desde su posición de educadores quedan asociados a la coordinación del grupo y a la planificación y ejecución de la actividad. Los pibes, por su parte, suelen participar poniendo en práctica las actividades propuestas y aportando en el desarrollo del taller desde un lugar activo.

“La forma de participar en Casa Joven es estando en el taller. O sea no es estar ahí como un soldadito, como en la escuela. La idea no es esa, sino meterle onda y participar de las actividades ayudando, escuchando ” (Priscila, 2022).

Encontramos aquí otros elementos que distinguen la participación adolescente en Casa Joven que la diferencian de otros espacios, por ejemplo, la escuela. Si bien en Casa Joven también aparecen los adultos (asociado al rol de educadores) como principales coordinadores de las actividades del día, los pibes no solo desde la escucha sino también realizando tareas que contribuyen al armado y funcionamiento del espacio:

“Llegábamos, [los pibes] empezaban obviamente a comer la fruta. Los educadores nos contaban qué íbamos a hacer en ese día de taller. Después organizábamos el sorteo para saber quién iba a cocinar a la hora de comer y quién limpiaba a la hora de irnos” (Matías, 2022).

El sorteo de tareas es una de las estrategias incorporadas por el equipo de trabajo que integra a todas las personas que participen de la actividad del día para repartir aquellas labores vinculadas a la limpieza, el orden, la cocina y el guardado. Esta estrategia tiene como principal objetivo la incorporación sistemática de los pibes en actividades que, muchas veces, no quieren participar. Asimismo, a partir de este mecanismo se intenta favorecer la apropiación y responsabilización del uso del espacio. “*El espacio es de todos/as y hay que cuidarlo entre todos/as*”, decían algunos educadores cuando, en un primer momento, se generaban tensiones con los pibes para que efectúen esos quehaceres. Hoy en día, los pibes tienen incorporada esta dinámica y saben que siempre les tocará algo para hacer y contribuir al orden general de la casa. Las asambleas mensuales y los sorteos de tareas son algunos de los dispositivos que estos adolescentes nombran para mostrarnos dos formas particulares de apropiación del espacio: una referida a la toma de decisiones y otra asociada a la realización de actividades para el cuidado colectivo del espacio.

En los últimos años, algunos de los adolescentes integrantes de la organización han decidido experimentar el pasaje “de pibe a educador”, lo cual implica asumir nuevas formas de participación. A partir de allí surgen preguntas sobre las expectativas e imaginarios que aparecen cuando los pibes empiezan a desarrollar tareas como educadores. En este pasaje se observan ciertas tensiones y conflictos asociados a imaginarios sobre esos roles que se describirán en las secciones siguientes.

### **“Los pibes somos del barrio”**

Las niñas, niños y adolescentes son una parte fundamental en las organizaciones sociales que trabajan con niñeces, adolescencias y juventudes. En Casa Joven esto no es una excepción, sin ellos la organización social no tendría sentido. Ahora bien, en este apartado nos interesa caracterizar cómo los adolescentes construyen una forma particular de participación en esta organización social.

A la hora de caracterizar cómo es la participación en Casa Joven de los adolescentes, la categoría “pibe” emerge para nombrar una forma de estar en la Casa que se contrapone a la forma adulta. Los adolescentes se definen como “pibes” y le adjudican, como principales atributos, una inscripción territorial (“vivimos en el barrio”) y etaria (somos jóvenes) definida por oposición a los educadores quienes “viven fuera del barrio”

y suelen ser mayores. En esta línea, en términos de Priscila (18 años), “los pibes son de acá, del barrio. Los educadores son más de otra parte, casi siempre son todos de La Plata o vienen de otras partes [ciudades y provincias]”. Entonces, esta forma de definir a los pibes afirma que la mayoría de ellos viven en el mismo barrio, muy cerca entre sí a pocas cuadras de la Casa, y son más jóvenes que los educadores.

Estos dos atributos (territorial y etario) en los que los pibes se auto adscriben se tensionan cuando, por ejemplo, educadores son más jóvenes que pibes o cuando hay pibes que no viven en el barrio y educadores que sí. Para ellos, ser más joven y ser del barrio significa más que una simple categoría etaria o residencial. Tener cierta edad y vivir ahí les significa, también, otra serie de particularidades, entre ellas reconocen una forma de hablar y de expresarse “más atrevida”; un conocimiento de tramas barriales y de trayectorias de vida de quienes viven allí y habitan la organización; una forma de ocupar la calle, la plaza, la esquina; entre otros atributos.

La forma en que educadores y pibes habitan la organización social también se vincula con tener responsabilidades diferentes en el desarrollo de las actividades y el funcionamiento del espacio. Los pibes tienen “una forma de actuar en el taller más despreocupa de [que los educadores]”, sin tener la planificación en la cabeza sobre lo que se hace o se necesita ese día para llevar adelante una actividad. Y también se distinguen por ser quienes rompen las reglas sobre lo que se pautó llevar adelante. En esta línea, Priscila detalla:

“La personalidad, o sea, la forma de expresarse y forma de hablar no es la misma que los educadores y cómo se comportan en el taller. Ahí también ya te das cuenta, un educador no se va a poner a hacer las cosas que sabe que están mal, en cambio un pibe sabe y las hace igual. Por ejemplo, algo que está mal sería ponerte a boludear a la hora de hacer la actividad. O sea, cuando hay una actividad que hay que hacerla y vos no la haces y te pones a hacer cualquier otra cosa o sea, escuchar música, entrar y salir a comer la fruta, y no hacer la actividad”

Entonces, parte de esta caracterización de ser pibe es saber que hacer algo está mal y aun así hacerlo. “No hacer caso”, por ejemplo, es una forma de no seguir las reglas y constituye uno de los comportamientos posibles, y relativamente aceptables, de cómo se agencian estas adolescencias en la organización social: un pibe puede no querer participar de la actividad o comer cuando no es momento de comer. El romper las

reglas, algunas veces, da lugar a una forma de expresión y de disputa de sentidos que son reconocidos y clasificados por los pibes como acciones que “están bien” o “mal” hacer en el marco de los talleres. A modo de ejemplo, nos comentan que “Ir solo dos minutos y no hacer nada” es clasificado por ellos de manera negativa:

“Lo más mal era que [un pibe] llegara a último momento y solo coma y se vaya, que no haga nada. O sea, que venga dos minutos y se vaya y no haga nada. Porque la idea era que participe del taller, que nos ayude, nos ayudemos entre todos y todas a limpiar el espacio que utilizamos para que el próximo taller lo tenga limpio y organizado” (Priscila, 2022).

“Que haga lo que él quiera cuando nosotros estamos diciendo que, no sé, toque un sol [nota musical] y va y toca las congas” (Mati, 2022).

Ser parte del espacio implica saber que la casa se sostiene por un trabajo colaborativo y conjunto en el que todes hacen algo para que funcione. Entre algunas de las tareas, Priscila destaca el preocuparse en dejar el espacio limpio y organizado. Los pibes proponen formas de estar, tienen un espacio de referencia que se co-construye junto a trabajadores de la Casa. Desde allí, comprendemos que se construye una participación activa y apropiación que encontramos expresada en, al menos, dos sentidos 1) desde una actitud propositiva sobre qué actividades hacer y cómo 2) de reconocimiento y conocimiento del otro: se saben quiénes son y qué hacen, etc.

En suma, ser del barrio y ser joven son atributos identificados por los adolescentes como parte de lo que implica “ser pibes”. Los modos de estar y participar se vinculan tanto con formas específicas de habitar el espacio y de relacionarse con sus pares, como con modos de expresarse y de vestirse. Estos rasgos no agotan ni definen completamente a los pibes, pero sí aportan a construir, de forma dialógica y relacional, su rol dentro de la organización. De esta manera, los pibes se diferencian de los educadores resaltando atributos etarios, residenciales, de responsabilidad y “de comportamiento” (los pibes pueden romper reglas y los educadores no). Así, encontramos que las delimitaciones entre ser y no ser, se configuran por oposición o identificación con otras categorías (Brubaker y Cooper, 2001). La caracterización que los pibes realizan sobre ellos mismos aparece constantemente contrastada con la caracterización que hacen de los educadores y las representaciones que circulan en torno a lo que un joven y un adulto pueden o no pueden hacer.

En este marco, como cierre de esta sección, formulamos algunos interrogantes que, al mismo tiempo, inauguran el siguiente apartado: ¿Cómo les pibes empiezan a ser educadores en esta organización social? ¿Cómo conviven, se tensionan y negocian estas identificaciones?

### **Pasar a ser a educador: reconocimiento, legitimidad y organización**

“Es martes por la tarde, les pibes y educadores se encuentran en la casa en el marco del taller de “Jóvenes y Memoria”. Entre organizar la comida y preparar el espacio para la actividad del día se van distribuyendo las tareas. Hoy, es el primer día en que Mati empieza a transitar la Casa desde su rol como educador. En las semanas previas se encontró con algunos educadores, quienes lo invitaron a formar parte del equipo de trabajo. Les educadorxs percibían que Mati ya venía ocupando la casa desde otro lugar, colaborando en la organización y coordinación de las actividades” (Fragmento de crónica del espacio de taller).

Durante sus años en la Casa, Matías construyó referencias con sus pares y con el espacio. Antes que le propongan ocupar el rol de educador, en parte, ya lo estaba ocupando. Tal vez sea por la cantidad de años recorridos en la organización social o también por su personalidad proactiva. Este crisol de circunstancias pareció contribuir a que se efectivice el pasaje hacia ser educador. Ese momento de transición, de pasaje, asociado a las estrategias que tanto Matías como Priscila, despliegan para pensarse como educadores serán los ejes que abordaremos en este apartado.

Así como ellos, en los últimos años, otros pibes también empezaron a asumir lugares con una responsabilidad diferente. La incorporación de los pibes como educadores suelen encuadrarse en charlas previas, en las que se ponen en común expectativas, deseos y miedos sobre lo que implica ocupar esos roles. Además, se intentan esclarecer y definir cuáles son las tareas y funciones que se le atribuyen a los “educadores”, integrando las percepciones e imaginarios que tanto pibes como adultes asocian a ese rol.

Sentirse parte del grupo de educadores e identificarse como miembro de ese colectivo, significó para Priscila y Matías una nueva experiencia. El pasaje de un grupo a otro es leído por ellos como una oportunidad de “meterse” en las dinámicas internas de un espacio ya conocido, una experiencia de aprendizaje y de posibilidad para entablar vínculos don-

de los pares, ahora, son los adultos. Este “meterse” implicó transformaciones en la forma de estar en la organización social. Priscila, lo relata como un pasaje: “pasé de hacerlo [al taller] a planearlo, pasé de escuchar a explicar, a meterme más en las ideas”. En este pasaje, Priscila, enumera una serie de prácticas que muestran cómo, a partir de ocupar este nuevo lugar se involucra de una manera más protagónica en la organización social: pasar de tomar un taller y estar desde el lugar de la escucha a planificar, explicar e involucrarse.

Más allá de las particularidades de cómo se desplegó cada transición, educadores y pibes han reconocido este pasaje como un evento significativo permeado por deseos personales y colectivos.

“Sentí que me dieron esa confianza de poder ser educador porque cuando iba me ponía las pilas, aportaba bastante y los pibes también me hacían caso” (Matías, 2022)

Para Mati, sus intervenciones contribuían al desarrollo de las actividades en el marco del taller. Sostener esa forma de estar trajo aparejado un reconocimiento de sus tareas por parte de los educadores, quienes lo colocaron en un lugar de par y de confianza. A su vez, incorporarlo a la categoría de educador, y nombrarlo como tal, implicó para él no solo asumir nuevas responsabilidades, sino también corporizar las representaciones que circulan en torno a ese rol. Por su parte, Priscila nos cuenta cómo, en las primeras experiencias de la puesta en práctica de su nuevo rol de educadora, el resto de los pibes, que hasta ese momento la entendía como un par, pusieron en tensión su legitimidad al verla ocupando un lugar diferente. Ante esta situación, los educadores acompañaron su pasaje haciendo explícita su incorporación frente al equipo de trabajo y al resto de los pibes.

“Al principio, cuando quería explicar o algo es como que ni bola hasta que ustedes [Educadoras] como que dijeron que yo también era parte de ustedes, en el rol de educadores y que los pibes me tenían que ver así, pero también como una compañera, como era ” (Priscila, 2022)

Construirse como educadora, entonces, involucró a un otro que le reconozca en ese lugar. Aun así, esto no es lo único que abona a la constitución de este rol. Encontramos que para poner límites y que “hagan caso”, el tiempo es una variable significativa. La trayectoria en el espacio influye en la legitimidad para asumir estas tareas. En varias

oportunidades, ante el reto de educadores nuevos, hemos escuchado a los pibes contestarles: “¿quién sos vos para decirme qué hacer?”. Allí vemos que los pibes no reconocen como autoridad a una persona que recién llega. De esta forma, apelan a la “antigüedad en la casa” como una variable legítima *per se* para establecer quién puede y quien no marcar los límites en el espacio.

Analizar qué es lo que sucede cuando se ponen límites nos sirve para reflexionar sobre cómo se construye la autoridad al ser educador. En este punto, hemos encontrado desajustes en cuanto a las formas en que Priscila y el equipo de educadores ponen límites. En estos desencuentros el equipo de educadores ha intervenido en pos de regular cómo es que esa práctica debe llevarse a cabo. Ejemplificamos esto con el siguiente fragmento:

“En el rol de piba y educadora como que ustedes me decían cómo esta forma de hacer como bien cortita de retarlos no estaba buena. La idea es como más de hablarles y como que esas charlas te cambian la forma de pensar, ¿no? Retándolos capaz que lo toman de diferente manera y se portan peor entonces con una charla capaz que no le dan bola pero capaz que sí, entonces es mejor charlarlo” (Priscila, 2022)

Mientras Priscila concebía el reto y tenerlos cortitos como una forma posible de ordenar y organizar el espacio, el equipo de educadores le sugería otra forma, “mejor charlarlo”. Aunque los resultados del reto o de la charla tal vez sean los mismos y los pibes “no den bola”, en estas formas diferentes de construir la figura de autoridad, la organización social propone a las conversaciones como un modo particular para habitar y poner límites en el espacio.

A modo de cierre, lo recorrido hasta aquí nos permite dar cuenta de cómo los roles de educador y de pibe, pensados dicotómicamente, se dan en simultáneo. Esta convivencia de roles la sintetizamos en la categoría educador-pibe.

“Seguía siendo una piba igual. Cambió en el sentido de meterme más en las reuniones, en la planificación y todas esas cosas, pero después el taller siguió siendo lo mismo.” (Priscila, 2022)

Ser pibes-educadores implica una nueva forma de estar en la Casa que es híbrida, en tanto permite seguir realizando algunas actividades como pibe participante de los talleres, a la par que se empieza a asumir

tareas como educadores. En la creación de esta figura, educador-pibe, se generan nuevos imaginarios y formas de estar en la casa. Esto inaugura, asimismo, una forma diferente y posible de identificación en y con la organización social.

## Reflexiones finales

En este texto, nos sumergimos en una forma particular de participación adolescente en una organización social que trabaja con sectores populares desde un enfoque de derechos. Allí vimos las tensiones, aciertos y desencuentros que aparecen cuando los adolescentes asumen lugares protagónicos en la toma de decisiones. En la introducción mencionamos que hay, esquemáticamente, dos grandes grupos que transitan la casa, los pibes y el equipo de trabajo (dentro de éste nos centramos en la figura de educador). Luego, nos detuvimos en qué caracterizaciones se les atribuyen a estos. Allí encontramos que “ser pibe” se define en oposición a “ser educador”, resaltando atributos etarios, residenciales y actitudinales: los pibes son jóvenes, del barrio y “más atrevidos” mientras que los educadores son adultos, “de afuera” y siguen las reglas.

La Casa aboga por una participación co-protagónica en la que los pibes tengan lugares centrales en los procesos de toma de decisiones. Para que esto acontezca, esta organización social desarrolla estrategias y actividades específicas, siendo una de ellas la incorporación de pibes al equipo de educadores. En este proceso, surgió una nueva figura, la de pibe-educador. Esta nueva categoría, al mismo tiempo que se instala como un rol novedoso para los distintos actores de la Casa, también amplía la posibilidad de acción en este espacio en particular y en otros espacios en general.

Asimismo, encontramos desafíos específicos en cuanto a las formas en las que se construye el reconocimiento y la legitimidad de esta nueva figura. En estos casos, observamos que las estrategias movilizadas por los pibes-educadores contemplaban no solo el reconocimiento por parte de sus nuevos pares, los educadores, sino también de sus “ex-pares”, los pibes. De esta forma, al analizar el pasaje de pibe a pibe-educador, intentamos brindar una breve sistematización y reflexión que sirva de insumo para aquellos interesados en fomentar las participaciones y protagonismos adolescentes.

## Bibliografía

- Barriach C., Chaves M., González F., Molaro M., Osacar J. F., Poratto M., Trebucq C. y Zarauza G. (2021). Experiencias de lo común en el trabajo socio comunitario con jóvenes: dispositivo Casa Joven B.A. Díaz, C. V. y Pinedo, J. (Eds.). *Poner en común: Sistematización de experiencias de extensión universitaria*. (pp. 84 - 109) La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
- Barriach, C., Chaves, M. y Gareis, L. (2022) “¿Me ayudás con ?` Investigación antropológica y militancia con jóvenes en organizaciones populares” en Katzer, L., y Manzanelli, M. (eds.) *Etnografías Colaborativas y Comprometidas en Argentina*. Mendoza: Edit. Universitaria.
- Brubaker, R., & Cooper, F. (2001). Más allá de la identidad. *Apuntes de Investigación del CECYP*, 5(7), 30-67.
- Shabel, P. N. (2016). “Venimos a jugar y a luchar”. *Participación política de niños y niñas en organizaciones sociales*. *Lúdicamente*, 5 (20)
- Turner, V. (1988). *El proceso ritual* (Vol. 101). Madrid: Taurus.